

ALFAGUARA



Thomas Bernhard

El imitador de voces
Teatro

Traducción de Miguel Sáenz

Índice

<i>Prólogo</i> , Miguel Sáenz	11
-------------------------------	----

EL IMITADOR DE VOCES

Hamsun	19
El imitador de voces	20
Difamación	21
Fourati	22
Folleto	23
Pisa y Venecia	24
Miedo	25
Sólo de ida	26
Necesidad interior	27
Espeleólogos	28
En Lima	29
Por poco	30
Escarmiento	31
Caritativo	32
Un buen consejo	33
Prejuicio	34
Sospecha	36
Cambio	37
Tren de la mañana	38
Hermosa vista	39
A la inversa	40
Hotel Waldhaus	41
Haumer, el leñador	42
En serio	43
Harto	44
Receta médica	45

Ingleses decepcionados	46
El concierto de más éxito	47
Fines científicos	48
Inteligente e imbécil	49
Carácter	50
El error de Moosprugger	51
Correo	52
Tesis	53
Comedia	54
Advertencia	55
Emigrado	56
Los pies en el suelo	57
Rendición	58
De Orio	59
Fotógrafo	60
Schluemberger	61
Descubrimiento	62
Mimosas	63
Bailarín famoso	64
Remordimiento	65
Olvido	66
Picadilly Circus	68
Aumento	69
En la Fosa de las Mujeres	70
La pantera	71
Desafinado	72
Retirado	73
La moza	74
La costurera	75
El abrigo de loden	76
Trabajador del papel	77
Mojón	78
Dos hermanos	79
Natural	80
Gigante	81
Historia Natural	82
Interpelación en la Cámara	83

Dos notas	84
Amor desgraciado	85
Viaje organizado	86
Amor verdadero	87
Imposible	88
Sentimiento	89
Autor caprichoso	90
Deseo insatisfecho	91
Presencia de ánimo	92
Ingreso suplementario	93
Silo	94
Famosos	95
Sin alma	96
El príncipe	97
El preboste	98
Lec	99
La Cripta del Rey	100
Contradicción	101
Fertilidad	102
Resignado	103
Decisión	104
Al servicio del Estado	105
Retroceso	107
Imaginación	108
Expedición	109
Legado	111
Doble	112
Suerte	113
Historia de Estado	114
Consecuencia	115
Cerca de Sulden	116
Perast	117
Locura	118
Cuidado	119
En Roma	120
Sustraídos	121
Como Robert Schumann	122

Admiración	123
Genio	124
Novecientas noventa y ocho veces	126
De regreso	127

TEATRO

El ignorante y el demente	131
En la ópera	137
En los Tres Húsares	200
La partida de caza	243
Antes de la caza	251
Durante la caza	292
Después de la caza	312
La fuerza de la costumbre	345
Escena Primera	351
Escena Segunda	388
Escena Tercera	422

Prólogo

Hubo un tiempo en que no era fácil publicar a Thomas Bernhard. Esta editorial publicó en español, en 1978, una primera novela: *Trastorno*. La acogida, sobre todo entre los escritores, fue excelente, y la reacción de la crítica (o de la parte de la crítica que se enteró) muy favorable. Sin embargo, tuvieron que pasar seis años antes de que Alfaguara publicara otro libro de Bernhard: *El imitador de voces*.

La razón fue esencialmente que se consideraba a Bernhard demasiado «duro». Infligir a un lector de buena fe párrafos sin puntos y aparte (a veces sin puntos) que se desperezaban durante páginas y más páginas parecía cruel. Por eso la aparición de *El imitador de voces* en Alemania, en 1978, fue un alivio: las historias eran breves, el estilo (inspirado en la prosa periodística) sencillo y, sobre todo, había un elemento imbatible: el humor. Se confirmaba así la premonición de Javier Marías y Fernando Savater de que Bernhard era, ante todo y sobre todo, un humorista.

El imitador de voces es un «Bernhard para principiantes» (Harald Hartung), la mejor introducción posible a su obra. Su antecedente son unos *Acontecimientos* (*Ereignisse*) publicados por Bernhard, sin pena ni gloria, una decena de años antes, pero ahora Bernhard se mostraba claramente superior. El primer título que llevó el libro en alemán fue *Probable, improbable* y la verdad es que hubiera podido servir muy bien. Bernhard dijo luego que había escrito el texto en cinco días, lo que parece poco probable, pero es seguro que, aunque se basara en notas tomadas quizá durante años, la redacción fue rápida, como indica la indiscutible unidad del libro. Su lugar de origen, a juzgar por un ejemplar que se conserva dedicado a Hedwig Stawianicek, el «ser de su vida», fue Mlini, en las proximidades de Dubrovnik, pero los escenarios de esas más de cien historias, que

oscilan entre lo grotesco, lo absurdo y lo trágico, son de lo más diverso: desde la Austria profunda hasta Egipto, pasando por Polonia, Italia o Portugal. Y el número de muertos, suicidas o no, que aparecen en sus páginas resulta sorprendente.

Son conmovedoras a veces las apariciones de personajes reales: Knut Hamsun, Ingeborg Bachmann, el satírico polaco Stanisław Jerzy Lec, Álvaro Cunhal... Y algunas de las anécdotas corresponden a episodios evidentemente autobiográficos, como el derrumbamiento de un ascensor en El Cairo, después de una cena diplomática, que estuvo a punto de costar la vida al editor Siegfried Unseld y a Thomas Bernhard. Este lo utilizaría luego como inspiración para el derrumbamiento final de un balcón sobre el Ring vienés en su obra de teatro *Isabel II*.

Una de las historias del libro, la titulada «Ejemplo», dio lugar a una querrela judicial. La hija del magistrado Zamponi, de la Audiencia Territorial de la Alta Austria, se sintió ofendida por el papel atribuido a su difunto padre por Bernhard, quien lo había conocido en la época en que era cronista de tribunales. Thomas Bernhard, por una vez, reaccionó de la forma más cortés y comprensiva en una carta abierta, diciendo que su intención había sido solo levantar al magistrado «un monumento literario». Ofreció cambiar el nombre de su personaje por «Ferrari» o «Macchiavelli» (!) y esa es la razón de que la anécdota figure aquí atribuida al «magistrado Ferrari».

Como simple curiosidad cabe mencionar la utilización de varios textos de *El imitador de voces*, por cierto sin identificar, en la ópera *Geblendet* (Cegado) de Thierry Bruehl, con música de varios compositores, para contratenor, voz blanca, actor, cuarteto de cuerda y electrónica, estrenada en el Teatro de la Zarzuela de Madrid en junio de 2012.

El imitador de voces es un libro redondo que habla por sí solo. Y Bernhard, evidentemente, se muestra en él muy capaz de imitar su propia voz.

El lazo de unión con las tres obras de teatro que siguen es precisamente el humor, aunque es cierto que hay que buscarlo con atención en las dos primeras.

A finales de los sesenta, Thomas Bernhard escribió por encargo, para los Festivales de Salzburgo, la pieza *Una fiesta para Boris*, rechazada luego porque a la dirección del Festival le pareció de contenido «demasiado lúgubre para una función veraniega» (hay que recordar que en *Boris* aparecen quince tullidos sobre el escenario).

Por ello fue *El ignorante y el demente*, en 1972, la primera obra teatral estrenada por Bernhard en Salzburgo. La pieza, de indiscutible perfección formal, resulta además notable porque es quizá la única en que Bernhard comete lo que, antes de Julia Kristeva, se habría llamado plagio y hoy se llama «intertextualidad». Para el largo y minucioso relato de una autopsia que hace el médico protagonista (el Demente del título), Bernhard utilizó muchas páginas de una obra médica que hoy se encuentra en el archivo de Gmunden y pertenece a su legado: la *Pathologie-Obduktion* de Karl von Rokitanski. Hay que reconocer, sin embargo, que los fragmentos elegidos por Bernhard se integran perfectamente en el drama.

El ignorante se ha hecho famosa porque inaugura la serie de escándalos teatrales de Thomas Bernhard. Al final de la obra, las instrucciones del autor exigían dos minutos de absoluta oscuridad en el escenario. Como existía (y existe) un reglamento en Austria, de 1884, que requiere que las luces de emergencia de la sala permanezcan siempre encendidas, el choque de criterios hizo que se suspendiera la representación al segundo día y surgiera una larga contienda entre Claus Peymann (el director), Thomas Bernhard, los actores, la dirección del Festival y todas las fuerzas vivas de Salzburgo. Karl Ignaz Hennetmair, corredor de fincas, amigo y asesor de Bernhard, ha dejado en su libro *Ein Jahr mit Thomas Bernhard* (Un año con Thomas Bernhard), su diario de 1972, una documentación exhaustiva del incidente, que ha pasado ya a formar parte de la historia del teatro austriaco. En un momento dado, Bernhard envía un telegrama al director del Festival: «Una sociedad que no soporta dos minutos de oscuridad se quedará sin mi obra». Para él, el estreno de *El ignorante* supuso, sobre todo, el descubrimiento de un actor que lo fascinaría siempre: Bruno Ganz.

Hilde Spiel, escritora, crítica y gran amiga de Thomas Bernhard, lo incluye por esta obra en la lista de los grandes «plañideros»: Heráclito, Kierkegaard, Swift, Kafka, Beckett, Ionesco... En España, *El ignorante y el demente* fue estrenada en Salamanca en 1996, bajo la dirección de Alfredo Marquerie. Luego la obra, muy bien dirigida por Joachim Candeias, se ha paseado por todo el país en los 2000, con una Reina de la Noche imposible de mejorar (Ana Caleya).

La partida de caza no es una obra fácil, en la que se mezclan Chejov, Lermontov y la Austria de siempre. Y aparece también en ella, curiosamente, la influencia de una pieza del hoy tan olvidado Thomas Wolfe, *Mannerhouse*, de la que el joven Bernhard se había ocupado intensamente en su época del Mozarteum de Salzburgo. Bernhard dedicó *El Ignorante* a Bruno Ganz, que debía interpretar el papel del Escritor, pero, por diversas razones, el papel correspondió en definitiva a Joachim Bismeyer, un actor nada desdeñable, pero cuya característica más acusada es ser, físicamente, sumamente parecido al propio Thomas Bernhard.

Los críticos y estudiosos han destacado abundantemente el carácter simbólico de la obra: una enfermedad mortal, una ceguera progresiva, el escarabajo de la corteza que devora los árboles, vino tinto derramado que sugiere sangre... Y hay una anécdota famosa que ha contado el propio Bernhard (en *El sobrino de Wittgenstein*). El día del estreno, Bernhard, que cree que los actores del Burgtheater no solo no creen en su obra y la defienden sino que, deliberadamente, la están saboteando, abandona el teatro en plena función. El empleado del guardarropa le dice: «¿Qué? ¿También a usted le parece espantosa?».

A Bernhard, sin embargo, esa obra le sirvió para descubrir, en su segunda escenificación en el Schillertheater de Berlín, a otro actor excepcional: Bernhard Minetti, que interpretó el papel de General (en el que hay ecos de una figura histórica controvertida: el mariscal de campo Friedrich Paulus). Muy pronto (1976) Bernhard escribiría una obra teatral que llevaría el título de *Minetti*.

En España, *La partida de caza* fue estrenada por Gustavo Tambascio en Baracaldo, en 1995 y sigue siendo en gran parte una desconocida.

Por último, *La fuerza de la costumbre* es, por muchos conceptos, una de las grandes obras de teatro de Bernhard. Para Siegfried Unseld, su editor habitual, «todo un Bernhard». Fue la primera obra suya que se estrenó en España, en 1987, dirigida por Roberto Villanueva, quizá el director que mejor ha comprendido a Bernhard en el ámbito hispanoamericano. Y el actor Raúl Fraire, en el papel del director de circo Caribaldi, encontró, sin duda alguna, el mejor papel de su vida.

La crítica española no entendió muy bien la obra y se limitó a mencionar a Ionesco y Beckett, sin percatarse de que Bernhard era algo distinto. El título de la obra es de estirpe schopenhaueriana y la comedia una verdadera comedia (es decir, tragicomedia) bernhardiana. Algún estudioso (Christian Klug) ha detectado en su texto un sinnúmero de citas de Novalis y los ciudadanos de Augsburgo nunca han perdonado a Bernhard que llamara a su ciudad («Mañana Augsburgo») cloaca a orillas del río Lech.

Con el paso de los años, la estatura de la obra aumenta. No es tan perfecta como *Ritter, Dene, Voss*, ni tan provocadora como *Heldenplatz*, pero sí, sin vacilación, una de las muestras más espectaculares del verdadero teatro de Bernhard, ese teatro que, quizá, nunca llegara realmente a escribir.

MIGUEL SÁENZ

El imitador de voces

Hamsun

Cerca de Oslo conocimos a un hombre de unos sesenta años, que nos contó más cosas aún sobre aquel asilo de las que sabíamos ya por las notas de Hamsun sobre su último año, porque estuvo empleado en el asilo precisamente en la época en que el más grande escritor noruego vegetaba en él. El hombre nos había llamado ya la atención desde hacía rato, por su silencio, en aquel mesón de las proximidades de Oslo, ruidoso, como es natural, un viernes por la tarde, en el que dormimos varias noches. Tras habernos sentado a su mesa, presentándonos, supimos que aquel hombre había sido en otro tiempo estudiante de Filosofía y, para estudiar, entre otras razones, había pasado cuatro años en Gotinga. Nosotros lo habíamos tomado por un capitán de barco noruego y habíamos ido a su mesa para oír más cosas aún sobre navegación y no sobre filosofía, de la que, al fin y al cabo, habíamos huido al norte desde la Europa Central. El hombre, sin embargo, nos dejó en paz con la filosofía y nos dijo que, realmente, había renunciado a la filosofía de la noche a la mañana y, a los veintisiete años, se había dedicado a cuidar ancianos. No lamentaba su decisión. Su primer trabajo había sido ayudar a un viejo a levantarse de la cama y hacerle la cama y volver a acostarlo en la cama. Aquel viejo era Hamsun. Durante muchos meses, había llevado a Hamsun a diario al jardín que había detrás del asilo y le había comprado en el pueblo los lápices con que Hamsun escribió su último libro. Fue el primero que vio a Hamsun *muerto*. En aquella época, como era natural, no estaba enterado aún de quién era Hamsun, cuyo rostro muerto tapó con el sudario.

El imitador de voces

El imitador de voces, que ayer por la tarde fue huésped de la Asociación de Cirujanos, se mostró dispuesto, después de su representación en el Palais Pallavicini, al que lo había invitado la Asociación de Cirujanos, a ir con nosotros al Kahlenberg, para allí, donde tenemos una casa siempre abierta a todos los artistas, exhibirnos también su arte, naturalmente a cambio de unos honorarios. Rogamos al imitador de voces, que procedía de Oxford, Inglaterra, pero había ido al colegio en Landshut y había sido en otro tiempo armero en Berchtesgaden, que no se repitiera en el Kahlenberg, sino que nos representara algo totalmente distinto de lo de la Asociación de Cirujanos, es decir, que imitase en el Kahlenberg voces totalmente distintas de las del Palais Pallavicini, lo que nos prometió a nosotros, que habíamos estado entusiasmados con el programa que presentó en el Palais Pallavicini. Realmente, el imitador de voces nos imitó en el Kahlenberg voces totalmente distintas, más o menos famosas, de las de la Asociación de Cirujanos. Pudimos formular también deseos, que el imitador de voces satisfizo con la mejor voluntad. Con todo, cuando le propusimos que, para terminar, imitase su propia voz, nos dijo que eso no sabía hacerlo.

Difamación

Dos filósofos, *sobre* los que se han publicado ya más escritos que los suyos propios y que, después de no haberse visto durante decenios, se encontraron de nuevo un día, precisamente en la Casa de Goethe en Weimar, adonde, como es natural, cada uno por su cuenta y desde direcciones opuestas, se habían dirigido con el único fin de conocer mejor las costumbres de Goethe, lo que les había causado a los dos, porque era invierno y, por consiguiente, hacía mucho frío, las mayores dificultades, se aseguraron, en ese encuentro inesperado y realmente para los dos penoso, su mutua estimación y respeto, y se anunciaron también mutuamente, enseguida, que inmediatamente, en cuanto volvieran a casa, se sumergirían en los escritos del colega con la intensidad que esos escritos requerían y se merecían. Sin embargo, cuando uno de ellos dijo que, en el periódico que, en su opinión, era el mejor, hablaría de su encuentro en la Casa de Goethe en Weimar, como era natural en forma de ensayo filosófico, el otro se opuso al instante, calificando de difamación el propósito de su colega.

Fourati

En Montreux, junto al lago Lemán, atrajo nuestra atención una señora sentada en un banco del parque, en la orilla, la cual, de cuando en cuando, recibía y despedía otra vez en ese mismo banco a los más variados visitantes, sin moverse lo más mínimo. En dos ocasiones, un coche se detuvo ante ella en la orilla y un joven uniformado bajó y le trajo periódicos, yéndose luego otra vez con el coche, y pensamos que debía de ser su chófer privado. La señora se envolvía en varias mantas de lana; calculamos su edad en mucho más de setenta. A veces saludaba con un gesto a alguien que pasaba. Probablemente es una de esas suizas ricas y distinguidas que viven en invierno junto al Lemán, mientras sus negocios prosiguen en todo el resto del mundo, pensamos. La señora era realmente, como nos informaron muy pronto, una de esas suizas riquísimas y distinguidísimas que pasan el invierno junto al Lemán; desde hacía veinte años estaba paralizada de medio cuerpo y, durante esos veinte años, se había hecho conducir casi a diario por su chófer a la orilla del Lemán, haciendo que la dejara siempre en el mismo banco y le trajera periódicos. Montreux le debe, desde hace decenios, el cincuenta por ciento de sus ingresos fiscales. El famoso hipnotizador Fourati la hipnotizó hace veinte años y no pudo librarla ya de su hipnosis. Con ello, Fourati no sólo destruyó para siempre la vida de esa señora, sino también, como es sabido, la suya propia.

Teatro

El ignorante y el demente

La partida de caza

La fuerza de la costumbre